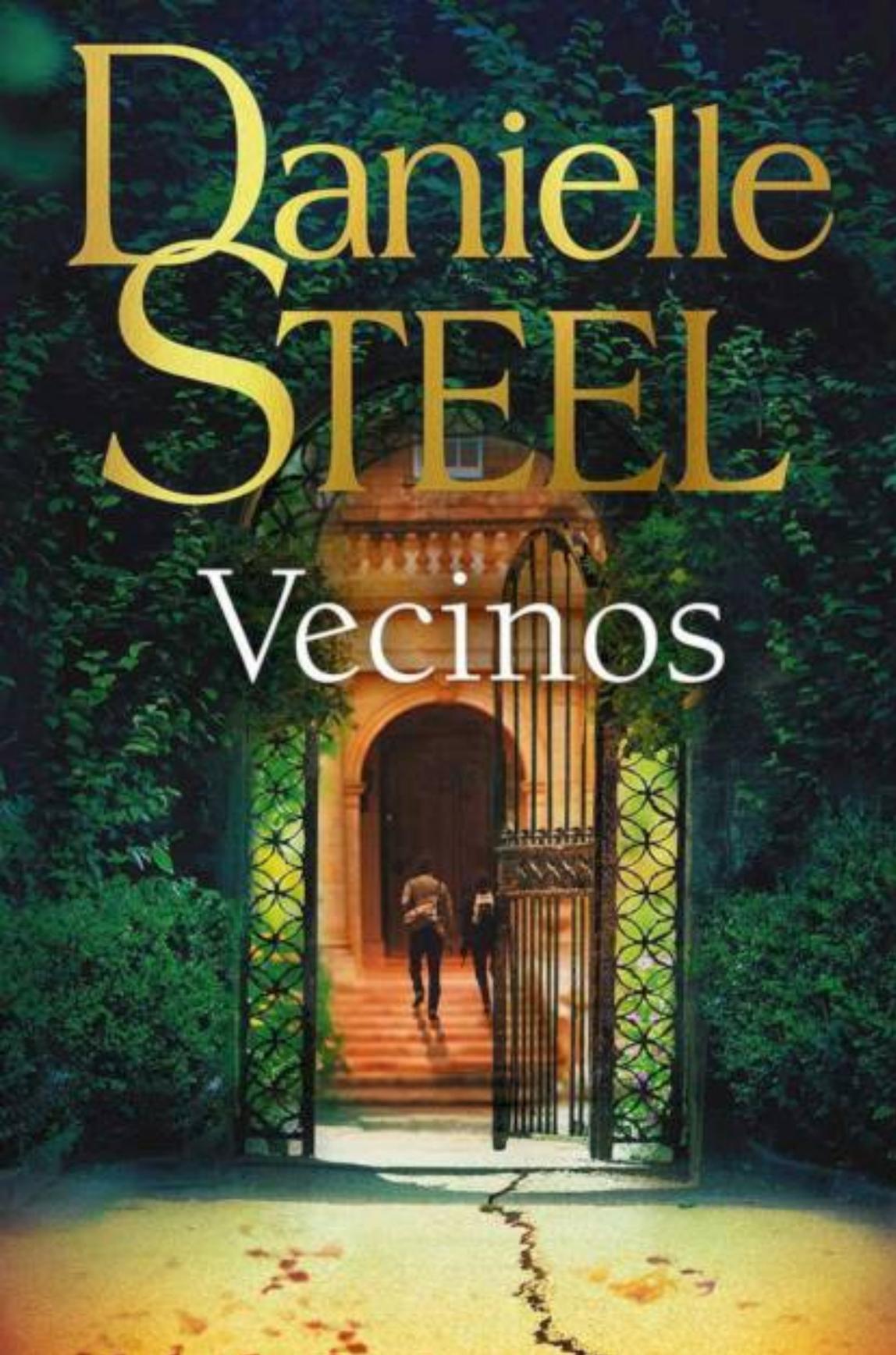


Danielle
STEEL

Vecinos



A veces una crisis puede unir a las personas...

Una historia rebosante de humanidad sobre la amistad, la confianza, el coraje y el inquebrantable poder del amor.

Meredith White era una de las actrices más populares de Hollywood, pero una tragedia personal interrumpió su carrera y la distanció de su familia. Durante los últimos quince años, ha vivido aislada del mundo en su mansión de San Francisco. Sin embargo, todo cambia cuando un terremoto devastador sacude la ciudad sumiéndola en el caos.

Sin dudarle un segundo, Meredith acoge en su residencia, que ha quedado intacta, a sus vecinos. Todas y cada una de esas personas (un respetado doctor y su aterrada familia, una preciosa joven atrapada en una relación tóxica y un brillante pianista octogenario) traen consigo historias y secretos que, poco a poco, salen a la luz. Y también Meredith, gracias a la suspicacia de uno de sus nuevos amigos, descubre una verdad perturbadora sobre sí misma que dará un vuelco a su vida.

Índice de contenido

Cubierta

Vecinos

Dedicatoria

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Sobre la autora

*Para mis maravillosos y adorados hijos,
Beatrix, Trevor, Todd, Nick,
Sam, Victoria, Vanessa,
Maxx y Zara,
con mis mejores deseos para vosotros:
gente buena que os quiera,
gente buena a la que queráis,
sabiduría para hacer buenas elecciones,
valor para afrontar los desafíos de la vida,
y felicidad y suerte.
Que seáis por siempre bendecidos.
Os amo con toda mi alma,*

MAMÁ/D. S.

1

Dentro de la impresionante mansión de piedra hacía calor incluso en el sótano, donde Debbie Speck se afanaba en la amplia y eficiente cocina guardando la compra que su marido, Jack, acababa de traer. El hombre sudaba copiosamente. Tenía algo más de cuarenta años, y un poco de sobrepeso. El pelo oscuro le empezaba a clarear y siempre olía a la loción para el afeitado con la que trataba de disimular el olor al *whisky* barato que bebía por las noches y que guardaba en su habitación. Al día siguiente, cuando hacía algún esfuerzo, exudaba el alcohol por los poros. Debbie solía unírsele para tomar una copa o dos. Ella prefería el *gin-tonic* o el vodka, que mantenía frío en la nevera del apartamento del sótano, al que su señora, Meredith White, nunca bajaba. Respetaba su privacidad, algo que les parecía perfecto a los dos. Debbie también era un tanto corpulenta y se teñía ella misma de rubio.

Jack y Debbie llevaban quince años trabajando como interinos cuidando de la casa de Meredith White, célebre estrella de cine que había escogido una vida de reclusión. Cuando les contrató todavía estaba en activo, rodando una película tras otra, a menudo fuera de la ciudad, y su marido, el actor y productor Scott Price, hacía lo mismo. En ocasiones pasaban meses separados trabajando en rodajes distintos.

Era el empleo ideal para Jack y Debbie: una inmensa y lujosa mansión cuyos señores estaban fuera casi todo el tiempo y, cuando se encontraban en casa, siempre se hallaban muy ocupados. No tenían tiempo para controlarlos estrechamente y confiaban en ellos. Cuando entraron a trabajar eran jóvenes, apenas tenían veintinueve años, pero ya conocían las ventajas y los beneficios ocultos que conllevaba ese tipo de empleo. Era como recoger fruta madura de los árboles. Las tiendas en las que compraban o los trabajadores a los que contrataban les ofrecían sustanciosas comisiones o les proporcionaban servicios que a ellos les salían gratis pero que sus jefes pagaban sin saberlo, ya que los proveedores poco honrados inflaban las facturas de manera considerable. Y había mucha gente que se apuntaba al juego. A los pocos meses, ya habían establecido toda una red de fructíferas relaciones comerciales. Era una práctica habitual, y ellos no tenían ningún reparo en aprovecharse de sus señores. Ya lo habían hecho antes. Seleccionaban a la gente para la que trabajaban en función de lo ocupados, distraídos o ausentes que estaban.

Cuando les contrató, Meredith era una de las actrices mejor pagadas de la industria del cine y fue muy generosa con ellos. Al principio, de vez en cuando hacían de chófer para su hijo Justin, de trece años, pero siempre había tutores para supervisarlos, y también un joven universitario que se alojaba en la mansión y lo llevaba a la escuela cuando ambos padres se encontraban fuera rodando. Pero cuando estaban en casa, se encargaban de hacerlo ellos mismos. Tenían también una hija, Kendall, que a los dieciocho años se había marchado a la universidad en Nueva York y ya no había vuelto a vivir en San Francisco. Cuando Jack y Debbie entraron a trabajar, Kendall tenía ya veinticinco años, se había casado y era madre de una niña, Julia, y solo regresaba por Navidad. Y Meredith y Scott estaban tan

atareados con sus carreras que casi nunca disponían de tiempo libre y no podían ir a verlas tanto como querían.

Era el trabajo ideal para Jack y Debbie. Tenían su propio apartamento dentro de la residencia, que contaba con una entrada independiente y estaba amueblado con muy buen gusto. La mansión, la más grande de todo San Francisco, se encontraba en Pacific Heights, el mejor barrio residencial de la ciudad. Trabajar para dos grandes estrellas de cine no solo les confería prestigio, sino que también resultaba muy provechoso para ambos. Meredith y Scott se habían trasladado cuando Justin nació y Kendall tenía ya doce años. No querían criar a otro hijo en Los Ángeles, les había explicado Meredith. San Francisco era una ciudad más pequeña y conservadora, con un ambiente más saludable, excelentes escuelas para los niños y buen tiempo todo el año. El terreno en el que se alzaba la mansión les proporcionaba el espacio y la privacidad que necesitaban, sobre todo gracias al altísimo seto que mandaron plantar cuando se mudaron.

Con el tiempo, Debbie y Jack habían sacado grandes beneficios de las ventajas que conllevaba su empleo. Después de muchos años de comisiones bajo mano, habían logrado un importante colchón económico. También se habían hecho con algunos tesoros procedentes de la casa principal, en especial dos pequeñas pinturas francesas muy valiosas que desde hacía más de una década estaban colgadas en su dormitorio. Meredith nunca había reparado en su desaparición. A Debbie le gustaban tanto que había decidido «reubicarlas» en sus aposentos. Meredith tenía además una cuenta bancaria destinada al pago de los gastos de la casa. Unos años antes, Debbie se había ofrecido a encargarse del pago de esas facturas para aliviarla de ese tedio. Y de vez en cuando desviaba pequeñas cantidades a su propia cuenta, tan exiguas que ni si-

quiera el contable de Meredith las había cuestionado. Debbie y Jack eran unos ladrones muy astutos.

Pero también sabían que debían permanecer muy atentos a las necesidades de sus señores, y catorce años atrás se mostraron de lo más compasivos y afectuosos cuando la vida de Meredith se derrumbó por completo. Solo un año después de que entraran a trabajar en la casa, el mundo dorado de la actriz se desmoronó de repente, dejando solamente cenizas a sus pies. Y eso hizo que Meredith se volviera todavía menos cautelosa con las cuentas y pudieran engañarla con mayor facilidad.

Catorce años antes, Scott mantuvo un romance muy sonado con una joven actriz italiana con la que había rodado una película. Ella tenía veintisiete años, y él, a sus cincuenta y cinco, le doblaba con creces la edad. Cuando Jack y Debbie entraron a trabajar en la casa, el matrimonio parecía muy sólido y estable, algo poco habitual en el mundo del espectáculo. Por lo que observaron, estaban enamorados y sentían devoción por sus hijos. Pero entonces Scott se marchó a rodar a Bangkok y, cuando volvió, el matrimonio ya estaba hecho pedazos. En cuanto llegó a casa, dejó a Meredith por Silvana Rossi y se fue a vivir con ella a Nueva York.

Meredith se sintió profundamente herida por la traición, pero mantuvo el tipo ante sus hijos. A los encargados de la casa les sorprendió que nunca hablara mal a Justin de su padre, pero Debbie la encontró más de una vez llorando a solas en su habitación y la consoló abrazándola con cariño.

Humillada por las noticias sobre la nueva pareja que aparecían en los tabloides, Meredith cortó de raíz todo tipo de vida social. Apenas salía de casa y centró toda su atención en Justin. Lo llevaba a la escuela y a los entrenamientos, pasaba tiempo con él y cenaban juntos todas las noches. Debbie la oyó rechazar una película que le habían ofrecido. Meredith quería quedarse en casa con su hijo

hasta que amainara la tormenta provocada por el escándalo de la separación. Justin estaba muy afectado y viajó en varias ocasiones a Nueva York para visitar a su padre. Cuando volvía, siempre decía lo mucho que odiaba a su futura madrastra. Scott planeaba casarse con ella en cuanto consiguiera el divorcio. A los catorce años, Justin había llamado «puta barata» a Silvana cuando hablaba en confianza con Jack, que a su vez se lo había contado a Debbie. El chico le había confesado que a su hermana, a la que Jack y Debbie apenas conocían, tampoco le gustaba aquella mujer.

Meredith nunca hablaba de Silvana con Debbie. Era una mujer muy digna, discreta y respetuosa, aunque no cabía duda de que debía odiar a la joven estrella italiana. Y Scott estaba empeinado en conseguir el divorcio cuanto antes. Su matrimonio, aparentemente feliz, había saltado por los aires. Meredith aparcó su impresionante carrera para pasar más tiempo con su hijo, y aunque por entonces aún no la conocía mucho, Debbie la admiró por ello.

Jack y Debbie no tenían hijos. Tiempo atrás habían trabajado en Palm Springs para una pareja de ancianos, que murieron con escasos meses de diferencia. Se habían conocido en un programa de rehabilitación en San Diego dos años antes de conseguir ese empleo. Aunque ambos habían crecido en el sur de California, no habían coincidido hasta entonces. A Jack lo habían arrestado varias veces por delitos menores, sobre todo fraude con tarjetas de crédito para costear su drogadicción. Debbie había sido acusada de hurto menor, sustracción de tarjetas y posesión de marihuana con fines de tráfico. El juez les había enviado al mismo programa de rehabilitación. Ambos tenían veintidós años y pasaron seis meses allí. Durante ese tiempo urdieron un plan para trabajar juntos, lo cual acabó convirtiéndose en amor, o aunó sus ambiciones en un proyecto de vida común. Se casaron porque así podrían conseguir mejores empleos, como encargados en casas

de familias ricas. Jack había sugerido que trabajar para los ricos podría ser muy lucrativo y una buena oportunidad para maquinarse planes más ambiciosos para el futuro. Debbie se mostró bastante reacia, pues no quería ser una criada, limpiar lavabos ni llevar uniforme, pero Jack la convenció diciéndole que podrían hacer lo que quisieran. Contratarían a otra gente para que se ocupara del mantenimiento y el trabajo sucio, mientras ellos se llevaban la mejor parte. Incluso podrían afanar dinero o algunos objetos valiosos mientras sus jefes estaban fuera, culpando a otros de los robos, al tiempo que ganaban un buen sueldo y vivían a sus anchas en casa ajena. Jack logró que el plan sonara tan atractivo que, cuando salieron de rehabilitación, decidieron llevarlo a la práctica. Fueron a una respetable agencia de empleo en Los Ángeles. Presentaron referencias escritas por el mismo Jack en un papel de correspondencia también falsificado, y que supuestamente habían sido escritas por una pareja mayor que había fallecido sin dejar herederos que pudieran confirmar su historia. La agencia ni siquiera se molestó en comprobar las referencias ni tampoco sus antecedentes penales, algo que solo hacía si lo solicitaba el cliente.

Les despidieron de su primer empleo por incompetencia general, por no tener ni idea de lo que hacían. Pronto aprendieron lo que se esperaba de ellos, y entonces entraron a trabajar para la pareja de ancianos de Palm Springs, la que acabó muriendo de verdad. Eran tan mayores que apenas prestaban atención a lo que hacían sus empleados. Los hijos de la pareja se mostraron agradecidos de que sus padres estuvieran tan bien cuidados por gente afectuosa y responsable, y la pareja incluso les dejó una pequeña suma al morir. Más adelante, cuando entraron a trabajar para Scott y Meredith en San Francisco, sus referencias eran auténticas. Los actores estaban buscando a alguien para ocuparse de su casa a través de una agencia de confianza de Los Ángeles. Jack y Debbie no tenían

ninguna prisa, pues podían ir tirando con el dinero que les había dejado la pareja de ancianos. Sin embargo, cuando les ofrecieron trabajar para Scott y Meredith, no pudieron resistirse. Supondría un gran avance en su carrera, y para entonces ya sabían lo que se esperaba de ellos, lo serviciales y obsequiosos que debían mostrarse para adaptarse sin problemas a la vida de sus señores. A Scott no le gustó mucho la pareja. Le dijo a Meredith que creía que eran demasiado serviles, pero al final sus recelos no importaron, ya que al cabo de un año se fue a rodar a Bangkok y, a su regreso, se marchó para siempre. Meredith no mostró tantos reparos a la hora de confiar en ellos.

Tras quince años trabajando para la actriz, esta había llegado a depender por completo de ellos para protegerla del mundo exterior y atender todas sus necesidades, que eran mínimas. No era una persona exigente, y se pasaba la mayor parte del tiempo leyendo en el estudio que había junto a su dormitorio o sentada en el jardín. Ya no recibía a nadie en casa. Durante los últimos catorce años, se había retirado del mundo y prefería llevar una vida más tranquila que la que había llevado como estrella de cine. Sin embargo, el mundo no se había olvidado de ella, y su reclusión voluntaria la había convertido en una leyenda.

Seis meses después de que Scott se marchara a Nueva York con Silvana, y de que solicitara el divorcio para poder casarse con ella, Justin fue a visitarles a la casa que la pareja había alquilado en Maine durante el mes de agosto. Kendall, su marido y su hija Julia también irían a pasar las dos últimas semanas allí. A Kendall, como a Justin, no le gustaba nada Silvana, pero adoraba a su padre y a su hermano pequeño. No estaba feliz por la separación, pero se sentía más unida a Scott que a Meredith y se alegraba de que su padre viviera cerca de ella. Kendall estaba casada con un próspero banquero de inversiones y disfrutaban de una vida magnífica en Nueva York.

En la casa de Maine había una lancha motora que Scott estaba deseando usar, y también un pequeño velero que sabía que a Justin le encantaría, ya que los dos últimos veranos había ido a un campamento náutico en el estado de Washington. Con solo catorce años, era un entusiasta de la navegación. Meredith había advertido a Scott de que no quería que su hijo saliera a navegar solo en las aguas desconocidas e impredecibles de la costa de Maine. Scott la tranquilizó diciéndole que siempre le acompañaría, aunque añadió que Justin era mejor patrón que muchos hombres que le doblaban la edad. Era un deporte que le fascinaba y siempre decía que de mayor se compraría un velero y navegaría por todo el mundo.

Acordaron que Justin pasaría el mes de agosto con su padre, así que el muchacho lo estaba deseando. El divorcio también le había afectado mucho y echaba de menos a su padre. Le encantaba la idea de pasar un mes entero con él, y también compartir un par de semanas con su hermana mayor, a la que idolatraba, pese a la presencia de Silvana. Decía que era muy tonta y que siempre se estaba enroscando alrededor del cuerpo de su padre como si fuera una serpiente, lo cual le hacía sentir vergüenza. Justin hacía todo lo posible por ignorarla. Y como el inglés de Silvana no era muy bueno, tenía una excusa para no hablar con ella.

Diez días después de que Justin llegara a Maine, Scott se despertó una soleada mañana de domingo con una resaca espantosa. La noche anterior habían ido a una fiesta en casa de unos nuevos amigos que habían hecho por la zona. Tenía un terrible dolor de cabeza y no quería levantarse de la cama, así que dio permiso a Justin para que saliera a navegar solo en el pequeño velero. Era poco más que un bote, y el chico le prometió que no se alejaría de la orilla y que volvería para la hora del almuerzo.

Una hora después se desató una fuerte tempestad y el océano se encabritó inesperadamente. El velero de Justin

se alejó de la costa más de lo previsto, arrastrado por las corrientes y zarandeado por las enormes olas. Cuando Scott se despertó a mediodía, al ver el fuerte oleaje que se había levantado y descubrir que Justin aún no había regresado, llamó a la Guardia Costera. Bajó al muelle con un nudo en el estómago que se iba haciendo cada vez más grande: su hijo seguía sin aparecer y era demasiado peligroso salir con la lancha motora para intentar buscarlo.

Por la tarde, la Guardia Costera encontró el bote volcado. No había ni rastro de Justin. Dos días después, su cuerpo apareció varado en la playa de una de las islitas cercanas. Para entonces Kendall ya había volado a Maine para esperar noticias junto a su padre, mientras que Meredith se había quedado en San Francisco, sentada junto al teléfono, rezando. Sus peores temores se hicieron realidad. Scott la había llamado llorando el día que desapareció, y también cuando encontraron su cuerpo. Kendall estaba destrozada cuando habló con su madre. Todos lo estaban. Scott se veía totalmente desolado cuando Kendall y él volaron a San Francisco con el cuerpo de Justin para el funeral que Meredith había preparado para su hijo. Kendall estuvo en todo momento pendiente de su padre, pues sabía lo culpable que se sentía. Creía que su madre era más fuerte y que podría sobrellevarlo mejor.

Catorce años más tarde, aquellos borrosos recuerdos seguían atormentándolos a todos. Después de la tragedia, Meredith apenas había vuelto a hablar con Scott. Kendall sentía mucha lástima por su padre y eso la unió más a él. Tras la muerte de Justin, fue a visitar diligentemente a su madre una o dos veces al año, pero la culpaba por lo dura que se había mostrado con Scott, algo que había acabado pasándole una terrible factura: el sentimiento de culpa estuvo a punto de destruirle.

Durante un par de años, Scott se sumió en una espiral de drogas y alcohol de la que solo logró salir gracias a la ayuda de Kendall y de Silvana. Meredith le había echado

toda la culpa de la muerte de Justin, algo que a Kendall le parecía cruel. Había sido un accidente. Él no lo había matado. Sin embargo, había actuado de forma estúpida y negligente, y había faltado a la promesa que le hizo a Meredith, y como resultado Justin había muerto. Ella no tardó en firmar los papeles del divorcio.

Scott y Silvana se casaron finalmente. En aquellos momentos la necesitaba más que nunca. Y dos años después de la muerte de Justin, de nuevo sobrio, retomó su carrera. En esos momentos, con sesenta y nueve años, apenas actuaba y se dedicaba sobre todo a dirigir y a producir, con más éxito que antes si cabía.

La incipiente carrera de Silvana fracasó de manera estrepitosa y cayó en el olvido antes incluso de que Scott volviera a trabajar. Ya tenía cuarenta y un años, y llevaba la vida de la esposa de una celebridad de Hollywood, lo cual ya le iba bien. Ya no quedaba rastro de su belleza, había ganado peso y se había convertido en una persona cargante, sin talento ni personalidad. Era una de esas mujeres que habían sido deslumbrantes en su juventud y que se esforzaban por continuar pareciéndolo a golpe de bótox y bisturí, aunque lo único que conseguían era resultar vulgares. Pero después de trece años de matrimonio continuaban juntos, y ella estaba encantada con su papel de esposa de un actor y productor famoso. Seguían viviendo en Nueva York, donde Scott podía pasar más tiempo con su hija y con su nieta. Meredith dudaba de que le fuera fiel a Silvana, aunque lo que hiciera con su vida le traía sin cuidado. Kendall había crecido y Justin ya no estaba, de modo que no tenían razón alguna para hablarse. No habían vuelto a verse desde el funeral de Justin, un recuerdo que resultaba desgarrador para todos. Scott nunca se había perdonado por su muerte y no había tenido más hijos con Silvana. Ella tampoco quería tenerlos. Era veintiocho años más joven que él y se contentaba con seguir siendo su ni-